

Magister Memoriae



Semblanza Julio Retamal Favereau (1933-2025)

Martes 17 de junio, día gélido, mañana húmeda, pareciera un día más del mes, pero desde la entrada de la Iglesia Santa Elena se veía la preparación de una despedida; un cajón elegantemente sobrio, sin flores, ni a sus pies ni tampoco puestas en el altar. Desnudez máxima. Era la antesala de la Misa de Réquiem tradicional que se celebraría. Julio ha muerto, silente y oculto a los ojos humanos, descansa. Van llegando sus fieles amigos, sus discípulos de años y su adorada familia. Todo dispuesto como él lo dejó por escrito: tradición, signos, ritos, solemnidad, amor a lo sagrado y a Dios. En sus palabras: *“Desearía que no se hicieran discursos ditirámicos de alabanza o elogio, porque no creo merecerlos y alargan indebidamente la ceremonia. Si alguien hablare, que sea de manera breve y concisa. Creo que lo único que cabría destacar sería la persistente y angustiosa defensa, -que asumí desde 1964, y concreté en 1966, de la Misa tradicional por tantos años y décadas”*. Por eso, la celebración de esta santa Misa sintetizó lo que fue su vida: persistencia, tesón, sacralidad, unidad, belleza, gratitud, liturgia.

Julio Retamal Favereau vivió 92 fecundos y memorables años (14 de noviembre de 1933 al 16 de junio de 2025). Estudió bachillerato a la Universidad de Chile y obtuvo el título de Licenciado en Filosofía con mención en historia, en 1966. Doctor of Philosophy por la Universidad de Oxford (Inglaterra, 1972). Julio fue una sinfonía de sabiduría,

integridad y amor por la verdad. Gran mentor y profesor en toda la profundidad de estos términos; este maestro de Oxford no solo fue un historiador brillante, sino un verdadero formador de generaciones, un humanista lúcido y un incansable defensor de los valores que sustentan nuestra civilización. Un custodio de la verdad en tiempos donde, como expresó Joseph Ratzinger: “La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevada de un extremo al otro (...)”¹. Por eso, Julio expresa en su última publicación, *¿Existe aún Occidente?*: “Occidente decae, pero aún existe. Maltrecho, abusado, herido, escarnecido, pero existe”. Y su propuesta final es: “(...) revalorar lo esencial, defender lo medular, combatir lo disolvente y lo decadente” (p. 206). Todo decae cuando se reemplaza a Dios y cuando la cultura pierde el sentido de lo sagrado, de los hitos y de los ritos. Nunca apagó su voz en este tema, con los aliados se enardecía y se vigorizaba y los detractores le daban más fuerza para testimoniar la verdad, que no la guardaba solo en los discursos.

Sus tres volúmenes del libro “Familias fundadoras de Chile”: *“Familias fundadoras de Chile 1540-1600”*; *“Familias fundadoras de Chile 1601-1655. El segundo contingente y “Familias fundadoras de Chile 1656-1700. El conjunto final”*, además de mostrarlo como un constante investigador en el Archivo Nacional Histórico, remarca su profundo interés por los orígenes y raíces de nuestra historia, convencido de que en ellos se encontraba una clave esencial para comprender la identidad del país. En su tradicional celebración del 15 de julio (2009) termina su esperado discurso a la familia diciendo: “La historia familiar es la base de la tradición y, en nuestros días, en que todo lo tradicional se bate en rápida retirada, conservar un conocimiento del pasado es más que un simple hobby. Es, en más de un modo, reafirmar los principios fundantes de Occidente”.

En su vida, sus notables conocimientos de historia y genealogía, la pasión por la actuación (fundador del grupo ICTUS, 1956), sus conocimientos de arte, de literatura, de alta poesía,

¹ Joseph Ratzinger. Misa "Pro Eligendo Pontifice". *Homilía Del Cardenal Joseph Ratzinger Decano Del Colegio Cardenalicio*. Lunes 18 de abril de 2005.

su apreciado y cultivado gusto por la música y la ópera y —por qué no decirlo— lo histriónico, lo definieron. Lo histriónico no como un exceso, sino como una forma de vivir con intensidad, de darle cuerpo a la palabra, de proclamar lo que se piensa y se cree. Con su expresión mostraba la vitalidad de la verdad: una verdad que se decía con fuerza, con humor, con gesto, con teatralidad... pero siempre con sentido. Las partidas de “Trivium” con él terminaban en una batalla campal; a veces las preguntas mal redactadas o imprecisas del mismo juego, se volvían pólvora frente a su erudición enciclopédica: siempre tenía una respuesta que no aparecía en las tarjetas, pero que resultaba ser la más certera. Y si alguien del grupo se equivocaba... que Dios lo pillara confesado: lo que venía después era la caída de Troya en versión doméstica.

Entre 1976 y 1980, fue agregado cultural en la embajada de Chile en Francia, experiencia que afianzó más su vínculo con París. Su amor por la ciudad era indiscutible, volvía cada vez que podía. Por eso, cuando en 2019 ardió Notre Dame, no daba crédito a lo que sucedía. Sin embargo, lejos de quedarse en la desolación, le da una vuelta a lo ocurrido sosteniendo que en los grandes acontecimientos emerge también una reacción de fe: “Esas imágenes de gente arrodillada, rezando o cantando himnos religiosos para evitar que se quemara entera, te indica que no todo está muerto”. Era su amor por lo sagrado, su anhelo de una Iglesia viva.

La trayectoria académica de Julio fue igualmente distinguida, con múltiples invitaciones internacionales como Profesor Visitante: en la Facultad de Filosofía, Historia y Letras, Universidad del Valle, Cali, Colombia (1967). Profesor Visitante de historia de América, Faculté Libre des Lettres (París, 1977). Profesor Visitante, Escuela Superior de Economía y Negocios de El Salvador (1994-1996-1999). Profesor Visitante Universidad Católica de Lima, Perú (1997). Ejerció como director del Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile, entre 1973 y 1976. En 1983, asumió como vicerrector académico de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, cargo que desempeñó dos años. Fue nombrado —en 1992— miembro de número de la Academia Chilena de la Historia. En 2003 fue nombrado profesor emérito de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Se desempeñó

hasta el año 2017, como profesor de Historia Moderna y Teoría de la Historia en las universidades Adolfo Ibáñez y Gabriela Mistral. Julio fue un destacado especialista en la historia moderna, particularmente en los siglos XV, XVI y XVII.

Esta erudicción y sabiduría lejos de encerrarlo en sí mismo, se expresaba en un alma generosa para compartir conocimientos y abrir foros de conversación. Así lo plasmaba en sus recordadas tertulias culturales, que organizó, por años, religiosamente cada primer domingo de mes. A ellas acudían jóvenes y adultos, invitaba además, a eminencias de distintas áreas del saber -historiadores, filósofos, artistas, científicos-, para desarrollar tertulias temáticas, fomentando diálogos profundos y enriquecedores. No se trataba solo de conversaciones eruditas, sino de verdaderas instancias formativas, en las que promovía la reflexión rigurosa, el amor por la cultura y el respeto por la diversidad de miradas. Su vocación de maestro se hacía visible en cada una de esas reuniones, donde sembraba inquietudes intelectuales y lograba que quienes lo escuchaban ampliaran su horizonte cultural y académico. Por cierto, él recitaba: desde Shakespeare a Alonso de Ercilla, cantaba, tocaba piano, leía cuentos de creación propia. Y no dejan de ser simbólicos los versos de Santa Teresa de Jesús que escogió para cerrar la que sería su última celebración de san Julio. Los recitó como un acto despedida, con un dejo de nostalgia, como un anhelo de eternidad. Dejando caer su libro y volviendo a la memoria terminó diciendo:

*Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios que vive en mí,
si no es el perderte a ti,
para merecer ganarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
pues tanto a mi Amado quiero,
que muero porque no muero.*

Tenía la certeza de que el conocimiento ennoblece y, por eso, se empeñaba en que quienes lo rodeaban se abrieran a la riqueza de la cultura. En los encuentros familiares no cabían temas de “farándula”. Bajo su impulso, los temas se abrían hacia la religión, la política, la economía o la historia, eran espacios fecundos para confrontar perspectivas y enriquecer la

mirada sobre la realidad. Su presencia llenaba todo espacio imponiéndose con naturalidad por la fuerza de su palabra, la vastedad de sus conocimientos y la claridad de sus convicciones y, a veces, lo controvertidas de sus opiniones. Su aparición era una puesta en escena, tal como lo eran sus clases, con su retórica, su amenidad, su cultura, su fobia a la ignorancia, en el que junto con ser un profesor exigente y de pensamiento provocador, no dejaba a nadie en la indiferencia, o lo querían o no lo querían, no habían medias tintas, pero lo que sí es que inspiraba respeto: su coherencia era su apuesta, la Verdad su motor; así lo expresa él mismo como llamado en su obra *Y después de Occidente ¿qué?:* “Me parece que la Verdad (con mayúsculas) debe imponerse. Entendámonos bien: no quiere decir esto que deba ser impuesta, sino que debe imponerse por el peso de su valor y por la bondad de su acción. Para ello, es preciso conocerla, adentrarse en sus insondables profundidades, comprender los hitos esenciales que la definen y delimitan y los métodos susceptibles de serle aplicados para su exposición y difusión” (p. 319).

Julio fue un personaje, no en un sentido despectivo ni que fuera una construcción artificiosa, sino porque poseía una personalidad irrepetible, marcada por la autenticidad, la excentricidad entrañable y un carisma difícil de olvidar. Que los hombres para las tertulias, su santo o celebración de Navidad llegaran sin corbata o las mujeres en pantalones era la ruina de la noche. Muchas veces me enrabíé por este código, pero con el pasar del tiempo le encontré el sentido desde quién era él: no se trataba de una simple rigidez, sino de su convicción de que la vida cultural y familiar debía vivirse con dignidad, cuidado y un cierto aire de solemnidad que distinguiera lo cotidiano de lo verdaderamente importante. Los hitos y los ritos que cultivó no fueron meros formalismos: fueron señales de un alma arraigada en la tradición, en el respeto por la memoria y en la certeza de que el tiempo humano necesita ser sacralizado. Cada gesto suyo -en el aula, en la cátedra, en la liturgia- estaba cargado de un sentido más profundo: el de formar no solo mentes, sino conciencias ancladas en el bien y la verdad. Nos enseñó que en los ritos se conserva el alma de una cultura, y en los hitos se reconocen los umbrales que nos definen. Supo marcar esos umbrales con solemnidad, pero también con humanidad. Su docencia fue un testimonio de que la historia no se reduce a fechas y

documentos, sino que se renueva en cada acto que honra la verdad, en cada palabra dicha con convicción, en cada tradición transmitida con fidelidad.

Sin embargo, su partida fue como el reverso de su personalidad: de noche, tranquila, cuando la ciudad aún dormía, silente como mudo paisaje del desierto, solo el sonido de la lluvia que tanto le gustaba, la lluvia de gracia le acompañó, con un frío como de nieve eterna, como si todo se hubiera replegado para dar paso a lo esencial, la escena se despejaba para dejarle abierto el cielo. La pena de su orfandad temprana había de concluir.

Su vida fue un acto, -el primero y único de una obra íntegra-: un acto de entrega, de búsqueda, de obediencia libre a la verdad. Y al final, el telón no cayó con estruendo, sino con reverencia. Porque no necesitaba cerrar su vida con aplausos, sino con fidelidad, a sus amigos que tanto lo han querido y a su familia por la cual siempre apostó.

Julio ha partido y su legado, como en una posta, es pasarnos el testimonio para combatir la vulgarización, el abaratamiento de las expresiones culturales, liberarnos de las quimeras ideológicas y reconquistar el terreno de los valores morales y religiosos que son los que han de revitalizar el espíritu de Occidente.

Cierta estoy que todos los que lo conocimos algo de él tomamos por herencia: una palabra, un acto de bondad, una mirada de maestro o de padre, un consejo, una advertencia, un cuento de navidad y por qué no, una bendición.

Marie Solange Favereau Correa